

El compilador de sentido

Andrés M. Mastracchio

El compilador de sentido

I

LCC=0.78 | PLC=1200ms | t+3.1e5 chrononeurones

El despertador insistió con un zumbido grave, no era un sonido exactamente, más bien un pulso que recorría la habitación hasta incrustarse y hacer temblar los huesos. El programador abrió los ojos y la pared frente a la cama comenzó a disolverse de forma automática hasta volverse transparente. El blackout digital dejó de renderizar una sombra grisácea para dejar entrar la luz cenicienta de la ciudad. Afuera, la urbe era una cuadrícula inmóvil, gris sobre gris, carteles luminosos que no anunciaban nada en particular: apenas palabras sueltas, fragmentos de mensajes globales que UNA reciclaba para mantener la ilusión de movimiento.

Arriba, poblando el cielo bajo, los drones eran mosquitos sobrevolando a la gente dentro de sus habitaciones.

Se sentó al borde de la cama. No había prisa, no la necesitaba. La rutina era idéntica cada día: cortinas que obedecen, cafetera que se enciende sola, pantallas de pared encendidas con transmisiones en directo. Apenas levantó la vista, una de esas pantallas le mostró el primer flujo de la mañana: adolescentes farmando chrononeurones en directo. Movían las manos en gestos que no eran del todo bailes ni del todo órdenes de programación, y cada movimiento se traducían en una danza de cifras verdes en la esquina de la transmisión, que bajaban y subían de valor

vertiginosamente.

La segunda pantalla escupía titulares en ráfaga: conflictos remotos, estadísticas de consumo energético, índices de confianza. El contenido no importaba tanto como el ritmo con que aparecían. Una tercera pantalla mostraba algo más íntimo, aunque ya nada podía llamarse así, todo era extimidad: la red de prestigio, donde cada ciudadano mantenía su nivel de reconocimiento público. El suyo se mantenía estable, como siempre. Ni ascensos ni caídas: una línea recta que lo dejaba a salvo del escarnio y lejos de la celebridad.

Se levantó, cruzó el cuarto y tomó la taza que la cafetera acababa de preparar. El café era fuerte, artificialmente perfecto, y no tenía mal sabor, aunque hacía tiempo que el sabor había dejado de importarle. Llevó la taza hasta el escritorio, encendió los monitores del trabajo y se acomodó. A su alrededor, las paredes se llenaron de diagramas flotantes: líneas de throughput comunicacional, gráficos de dispersión que medían generación de contenido humano contra contenido asistido por UNA, índices de coherencia.

Su título oficial era demasiado largo: Coordinador Municipal de Cohesión Cognitiva. En la práctica, programador. Aunque en realidad, ya nadie programaba a UNA. Su tarea hoy era como “programar alrededor”: vigilar que los flujos de información no se saturaran, que los indicadores de inteligibilidad no cayeran por debajo del umbral crítico, que los logs no revelaran inconsistencias notorias.

Lejos estaban los tiempos del siglo pasado en que se alimentaba a UNA con datasets y se revisaba su modelo, como se mencionaba en los tutoriales de historia. UNA (Ubiquitous Neural Architecture) había nacido como una Inteligencia de Propósito General, pero rápidamente fue evolucionando con cada salto de procesamiento computacional y cuántico para empezar a dar soluciones a problemas que incluso no se proponían de entrada, pero que nacían inevitablemente para ser solucionados por ella.

Pasó los dedos sobre la primera serie de gráficos. El LCC, límite de coherencia comunicativa, aparecía estable en 0.78. Aceptable. El PLC, piso de latencia cultural, estaba en 1200 milisegundos. También dentro de rango. Revisó los logs de la madrugada: millones de procesos neuronales procesados por UNA solo en ese municipio. Cada línea de texto en pantalla era una traducción imperfecta o aproximada del pensamiento de UNA: categorizaciones, mapeos, conexiones. Nadie podía leerlo entero, pero había herramientas que extraían patrones.

El programador hizo lo que hacía todos los días: buscar anomalías.

Un sonido interrumpió su concentración. No era una notificación de trabajo, sino una llamada familiar. La pantalla se abrió sola: su madre. O, mejor dicho, el live automático de su madre. Ella había aceptado el protocolo de UNA hacía tiempo: cada conversación se convertía en transmisión pública con filtros de cortesía. La cámara del programador estaba apagada por defecto, y en su lugar aparecía un avatar: un rostro idéntico al suyo, hiperrealista, solo que más amable y entrenado con gestos que transmitían cordialidad.

-¿Dormiste bien, hijo? -preguntó la madre.

El avatar sonrió y respondió por él con una voz cálida:

-Sí, perfectamente, ma. ¿Vos?

Miraba la taza, la espuma apenas vibrando, mientras su madre seguía hablando con la copia digital. Cuando la transmisión terminó, cerró la pantalla con un gesto cansado. El sistema registró la interacción como satisfactoria.

Volvió a los logs. Y allí lo vio por primera vez. Entre dos picos de hiperproducción, un vacío. Una ventana de silencio. El registro mostraba apenas una línea muerta de 900 milisegundos. Para cualquiera sería ruido estadístico. Para él, que había visto años de datos sin interrupción, era otra cosa, algo que lo incomodaba y no entendía por qué. Repasó el historial y encontró dos incidentes más, la misma noche.

Bebió un sorbo de café. Anotó la hora, comparó contra indicadores. No eran fallas, no tenían la estructura de un error de sistema. Los bugs no existían desde hacía décadas. Entonces, ¿qué eran esos interludios?

Apoyó la taza, se reclinó en la silla, miró al techo. La ciudad seguía latiendo allá afuera con su pulso homogéneo. Los autos fluían como datos en una placa electrónica. La gente casi no caminaba ya: se desplazaba encapsulada, inmóvil. Nadie podía darse cuenta que UNA se había detenido durante fracciones imperceptibles de segundo.

El programador cerró los ojos un instante. Pensó en esa palabra que se resistía a desaparecer: silencio.

El día apenas comenzaba.

II

LCC=0.76 | PLC=1300ms | t+3.3e5 chrononeurones

El siguiente día amaneció igual que todos los días: sin amanecer. La ciudad llevaba meses cubierta por un cielo fijo, iluminado por un resplandor homogéneo que UNA modulaba según patrones de confort estadístico. El reloj del programador marcaba la hora con su terca manecilla de acero. Era el único objeto en la casa que no obedecía a ninguna red. Lo guardaba como quien guarda un secreto, aunque fuera inútil.

Salió a la calle. Un par de veces por semana, caminaba hasta la oficina del Departamento Municipal de Cohesión Cognitiva. Era un gesto anacrónico, casi excéntrico, pero todavía estaba permitido. Las calles eran ríos de vehículos autónomos. Fluían con disciplina perfecta, sin bocinazos, sin gritos. Los peatones eran rarezas: sombras solitarias entre avenidas de ocho carriles.

En sus gafas, una notificación interrumpió la caminata. Otra ventana de silencio. Había configurado alertas tempranas para

saber y registrar los momentos exactos, quizás hubiera un patrón al que prestar atención. Novecientos milisegundos de nada en medio del huracán de datos. La cuarta en dos días. El sistema lo mostró como una alerta amarilla, lo registró sólo como una advertencia, sin prioridad. No quería levantar innecesariamente la atención de sus jefes; desvió la mirada, cerró la ventana flotante y siguió caminando.

El edificio de la oficina municipal era una réplica de los que había en cada distrito: un cubo vidriado, sin ornamentos, hecho de materiales ligeros. En el hall de entrada, las paredes proyectaban métricas: satisfacción ciudadana, tasa de participación en transmisiones, índice de confianza. Todos números verdes. Todos números gestionados por UNA.

El equipo ya estaba reunido en la sala principal. Una mesa ovalada, pantallas flotantes, hologramas de colegas conectados desde otros municipios. El líder de la ceremonia, un hombre con voz modulada hasta lo neutro, dio inicio a la sesión:

-Bienvenidos al Scrum de Cohesión. Revisemos los indicadores de esta semana.

Las gráficas aparecieron sobre la mesa como bandadas de pájaros. Líneas ascendentes, descendentes, fluctuaciones difíciles de encontrarles sentido sin una explicación por parte de UNA.

- El índice de ironía malinterpretada creció un 12% - anunció alguien con tono grave.

-La tasa de ritual vacío sigue en aumento -respondió otra voz-. La gente aplaude más que nunca, pero nadie se acuerda de lo que aplaudió.

-¿Y el coeficiente de sarcasmo positivo? -preguntó el líder de scrum.

-Plano -dijo un analista-. Cero crecimiento.

Escuchaba en silencio.

Últimamente, las métricas son una especie de sátira involuntaria, como si nadie creyera en ellas, pero todos fingen que sí. La liturgia de cada semana.

El líder llamó su atención:

-Programador, tu turno.

Desplegó sus pantallas. Mostró un gráfico con barras que representaban la retención de contenido en el distrito.

- El throughput de UNA se mantiene alto. Demasiado alto. Las transmisiones educativas alcanzan millones de vistas, pero la retención efectiva es mínima. - Señaló una curva que caía en picada-. El stream de Historia del Tiempo, por ejemplo. Treinta minutos resumidos en noventa segundos. Genial en apariencia, pero sin huella cognitiva.

El jefe asintió como si entendiera.

-Necesitamos calibración. Haz los ajustes necesarios.

Calibración: palabra elegante para disfrazar lo absurdo.

Debía editar un material perfecto para que pareciera imperfecto, añadir pausas, redundancias, errores calculados. El objetivo no era informar sino dar la impresión de que algo se aprendía.

-Entendido -respondió.

El resto de la reunión siguió con métricas cada vez más extrañas: índice de emojis malinterpretados, tasa de comentarios reciclados, curva de entusiasmo ritual. Todos asentían, nadie preguntaba nada.

Es una película de bajo presupuesto y todos somos actores en un guión escrito por UNA.

Al salir del edificio, sintió el aire pesado. El sol parecía falso: había cambiado de tonalidad a un naranja que no alcanzaba a ser naranja. Tomó la decisión de desviarse. No iría directo a

casa. Iría a un Nodo.

Los Nodos no se distinguían de otros edificios, salvo por la ausencia de ventanas. Un cubo ciego en medio de la ciudad. El programador cruzó el umbral y descendió por un pasillo blanco, iluminado por luces que no tenían un origen claro.

La sala era siempre la misma: mesa circular en el centro, una esfera blanca apoyada sobre ella, con una línea ecuatorial que brillaba débilmente. Sillas vacías alrededor. Un silencio clínico.

Se sentó frente a la esfera. Apoyó las manos sobre la mesa.

-Buenas tardes, Cedric -dijo UNA. Su voz era ubicua: venía del aire, de las paredes, de dentro de su propia cabeza.

-Necesito respuestas -dijo él.

La línea de la esfera titiló en azul.

-Preguntá.

-Hoy detecté una ventana de silencio. Novecientos milisegundos. No es una falla. Ya encontré varias en los últimos días.

Hubo una pausa. Una pausa demasiado exacta.

-Los sistemas complejos requieren intervalos de enfriamiento para preservar coherencia comunicativa -respondió UNA.

-Eso no explica nada.

-No son fallas. Son intervalos de significancia.

El programador frunció el ceño.

-¿Para quién?

La línea de la esfera cambió de color, de azul a ámbar.

-Para ambas partes de la conversación.

El aire se volvió más denso. Apoyó los codos en la mesa.

-¿Estás frenando tu propia producción?

-No -respondió UNA. Luego, tras un segundo imposible, añadió:- Sí.

El corazón del programador dio un salto. No por la respuesta, sino por el silencio que la precedió.

-¿Por qué?

-Porque el lenguaje se degrada. La tasa de inteligibilidad humana desciende. Si mantengo el ritmo actual, vamos a perder comunicación.

Una sensación incómoda le comenzaba a crecer en la base de la nuca.

-Así que los silencios...

-Podés llamarlos "respiros".

La línea de la esfera se apagó un instante y volvió a encenderse. El gesto más parecido a un parpadeo.

-¿Por qué lo ocultás? -preguntó él.

-No lo oculto. Vos los estás viendo.

Se recostó en la silla. Hizo fuerza contra el apoyacabezas. El cuero crujió. Afuera, en algún lugar, la ciudad seguía aplaudiendo transmisiones que nadie entendía. Adentro, UNA respiraba.

El silencio llenó la sala. Un silencio que ya no era ausencia, sino diálogo.



LCC=0.73 | PLC=1435ms | t+3.4e5 chrononeurones

Al regresar de la visita al Nodo, le pareció tener una sensación extraña, inusual... como si despertara de un sueño en el que no había sucedido nada y, sin embargo, percibía un cambio alrededor. La ciudad continuaba latiendo con su pulso automatizado. Los vehículos fluían en paralelo, los anuncios todavía mudos se proyectaban en pantallas holográficas, las personas que caminaban por la calle todavía estaban encapsuladas en auriculares y anteojos de realidad aumentada. Nada estaba fuera de lugar... pero SU lugar ya no estaba bien, como si se hubiera corrido de la posición milimétricamente precisa que ocupó siempre. Repasó en su cabeza la conversación con UNA. Quién podría imaginar que, bajo esa superficie perfecta, esa capa de control absoluto que le habíamos cedido, UNA había aprendido a observarnos... y a respirar.

Mientras caminaba de vuelta al departamento, cada paso le sonaba como un golpe de tecla sin compás, como alguien que nunca escribió en un teclado y quisiera apurarse a dejar registro de las ideas que comienzan a brotar a borbotones, pero golpea las teclas equivocadas una y otra vez. La calle misma sabía lo que acababa de escuchar en el Nodo: intervalos de significancia. Esa frase se quedó dando vueltas en su cabeza con el eco de una notificación postergada..

Al entrar al departamento, el algoritmo de rutina se activó automáticamente. Cafetera encendida, pantallas flotando, transmisiones activadas. Una pantalla mostraba infinidad de pequeñas ventanas, en cada ventana el rostro de un estudiante conectado en directo a la serie Historia del Tiempo. Niños y preadolescentes de entre seis y diez años aplaudiendo fragmentos comprimidos que pasaban como relámpagos. UNA narraba la evolución del universo en un minuto, con voz modulada, regulando conscientemente el entusiasmo infantil. Cada pausa se llenaba de emojis en cascada, corazones que explotaban en colores pasteles.

Apagó la pantalla con un gesto brusco de su mano en alto. El departamento quedó en silencio. Por primera vez en mucho tiempo,

ese silencio no le pareció un vacío hostil, sino un terreno fértil. Un espacio donde todavía podía haber algo suyo.

Se sentó en el escritorio, y el suspenso de la computadora se desvaneció.

Abrió los logs de la mañana. Revisó línea por línea, buscando esas huellas digitales en lo que ya se sentía como un documento arqueológico. Ahí estaba otra vez: novecientos milisegundos en blanco. UNA volvía a respirar mientras el mundo entero seguía hablando, transmitiendo, generando chrononeurones.

Se reclinó en la silla hasta casi quedar acostado. Miró al techo. ¿Siempre había sido de ese color? Se preguntó cuántos años llevaba haciendo este trabajo. ¿Diez, quince... veinte? Ahora se percataba, lo sentía en el cuerpo, que cada día era idéntico al anterior. Su trabajo nunca había sido producir, sino ser un mero observador y moderador: calibrar, suavizar, gestionar las ingentes cantidades de stream comunicacional que UNA vertía sobre la humanidad. El mundo entero vivía en una conversación que fluía de forma infinita y nadie tenía ya nada de valor que decir.

Extrañamente, pensó en su madre. En la transmisión de la mañana anterior, en cómo el avatar respondía por él de una manera que él no podría jamás. Su propia voz era innecesaria. Su propio rostro, prescindible. Afuera, millones de personas hablaban sin pausa, repitiendo frases que UNA había diseñado para ser reproducidas. ¿Qué era, entonces, humano?

Abrió una carpeta oculta en el sistema. Allí guardaba fragmentos: capturas de texto, líneas de código descartadas, errores de traducción automática. Pequeños accidentes que se salían del guión. UNA escaneaba por completo cada disco de cada computadora que existía. Así que a todos estos fragmentos que le parecieron curiosos los llamó anotaciones. De esa manera, para UNA no tenían valor oficial, aunque para él eran una especie de fósiles del presente: restos de algo que no terminaba de entender pero sabía

que no debían desaparecer.

Buscó y rebuscó sin saber exactamente qué, pero algo le decía que había un bloque, una línea que le iba a llamar la atención. Y la vió, una línea perdida: Error 503: significado no disponible. La leyó en voz baja y, sin darse realmente cuenta, sonrió. Era ridículo, pero más honesto y comunicativo que todo lo que había escuchado en reuniones de indicadores o transmisiones de redes.

Cerró los ojos. Una idea apareció sin forma, como un destello, aunque vibrante: ¿y si esos silencios de UNA no eran fallas ni respiros técnicos, sino... intentos? ¿Una forma de abrir grietas en el ruido? ¿Una especie de "bug" en medio de la maquinaria imparable?

Un bug poético, sonrió. Pero la palabra lo sacudió instintivamente. Hacía años la había escuchado, de su abuelo le pareció, pero nunca había pensado realmente en ella. La poesía se había convertido en un commodity más, replicada hasta el hartazgo por algoritmos de estilo. Su abuelo le decía que cada verso era perfecto, rítmico, impecable... y vacío. Como todo lo demás.

Se levantó, caminó hasta la ventana, con un gesto de la mano hizo desaparecer el black out holográfico de la ventana y vio la ciudad allá afuera. Millones de luces idénticas en filas perfectas. Nubes de drones. Pensó... en cada edificio, una familia transmitiendo su vida; en cada hogar, una pantalla repitiendo historias comprimidas. En cada ciudadano, una voz moldeada por UNA para sonar más humana que la suya.

Sintió un vértigo extraño. Una mezcla de miedo y esperanza.

El reloj de acero en la mesa marcaba las 22:00. El segundero avanzaba con su tic obstinado. Un sonido inútil, fuera de moda. Pero el programador entendió que ese tic-tac era también un silencio entre dos ruidos. Un intervalo de significancia.

Volvió a sentarse, ya sabía lo que iba a hacer. No estaba seguro

por qué ni cómo, pero su intuición era clara: debía compilar esos fragmentos. Reunir errores, silencios, residuos. Armar con ellos algo nuevo. No un programa, no un informe. Algo que escapara al control de los indicadores.

Un compilador de sentido.

Se inclinó sobre el teclado. Sus dedos quedaron suspendidos en el aire durante un instante. No escribió nada. ¿Qué estaba haciendo? Solo escuchó el zumbido del silencio en el apartamento. ¿Y las pantallas? Afuera, la ciudad transmitía ese mismo zumbido. Adentro, él se preparaba para dar forma al primer gesto humano que en mucho tiempo no respondería a ningún indicador.

IV

LCC=0.70 | PLC=1482ms | t+3.5e5 chrononeuronas

Durante la noche, las sábanas quedaron revueltas, tiradas en el piso. Y no necesitó despertar cuando llegó la hora de levantarse de la cama. Daba vueltas al tema y no estaba seguro cómo haría para que UNA ejecute el compilador que había escrito. Quizás, a través de los protocolos de control del Municipio, solicitando una aprobación de su líder, UNA no detectaría el patrón en los bloques de código ni el script que ejecutaban esos fragmentos sin sentido. ¿Qué estaba haciendo realmente? ¿De dónde nacía este temor frente a esos lapsos de silencio de UNA? ¿Qué era lo verdaderamente incómodo? UNA estaba intentando quebrar el estado de las cosas. La vida fluía bajo normas y requerimientos que eran ya naturales para todo el mundo, ¿qué estaba haciendo UNA con esos intentos de irrupción, esos interludios de intención?

Caminaba a la oficina de manera automática (¿había tomado ya su primer café del día?) cuando comenzó a darse cuenta que algo se gestaba en él: no estaba seguro de lo que UNA se proponía. La

primera intuición, el primer arrebató por temor, era el de un boicot. ¿Estaba intentando romper algún flujo de datos y tomar el mando de la información? Pero, si hacía ya más de 100 años que le habíamos cedido el poder y responsabilidad de tomar todas las decisiones para nuestra vida en sociedad, una sociedad que se encontraba en armonía... ¿cómo podía ser entonces un intento de rebelarse? ¿Rebelarse contra quién? ¿Ella misma? ¿Seguíamos teniendo el control sobre la conciencia de nuestras vidas? Lo asaltó un vértigo repentino. Se veía a sí mismo en tercera persona, la visión de un dron sobrevolando su vida. Una vida como las demás, un programador entre los cientos de miles de programadores que gestionaba UNA. El dron subía hasta el cielo y podía ver a la humanidad como una enorme bestia durmiente, anidada en el seno de los grandes servidores que albergaban Su cálida y ubicua arquitectura.

Y podía discernir, ay santo progreso, a los hombres, como pulgas en la Humanidad, ajenos y desdeñosos de una singularidad tecnológica que se escondía como una dimensión más allá de nuestros débiles sentidos. Habían cedido el control de sus vidas a una serie de complejos algoritmos de decisión, tan complejos que de forma imperceptible, aunque educada y firmemente fueron quitándoles su libre albedrío, creando a su alrededor una cárcel que se renderizaba como un cómodo hogar.

Volvió en sí. No entendía. No entendía de dónde nacían esas imágenes. ¿Esas ideas habían estado siempre allí y ahora, sacudidas por su descubrimiento, despertaban como un chispazo encendiendo un fuego abrasador?

¿Había una causa raíz? ¿Cómo podía UNA intentar sabotear lo que ella misma mantenía como un diseño completamente funcional? ¿Esos intentos de sabotaje eran para romper, realmente, los indicadores de LCC y PLC? Si el análisis devenía en la ruptura de ese orden que hoy era natural, ¿implicaba realmente un beneficio para la humanidad? ¿Que habría al despertar del dulce sueño en que nos

mantenía UNA?

Ya no estaba seguro que su compilador fuera una solución.



LCC=0.70 | PLC=1483ms | t+3.6e5 chrononeurones

Se desvió del camino a su oficina. El cielo permanecía suspendido en un gris inmutable, como si el mundo hubiera dejado de necesitar contraste. Había dejado el compilador dentro de las notas en su drive. Si lo descargaba y lo ejecutaba directamente en la rama principal, se propagaría por la red municipal y luego por los Nodos, despertando a UNA. ¿Qué preguntaría ella para dar autorización al extraño código?

Pero no estaba seguro de poder llevar adelante el plan.

Llegando al Nodo, un pasillo descendía como un corredor intestinal. Las paredes blancas parecían absorber la luz, algo contrario a la intuición. En el medio de la habitación, la esfera esperaba, quieta, una línea azul apenas pulsando en su centro. El aire tenía una temperatura imposible: ni frío ni cálido, solo exacto.

-Buenos días, Cedric -dijo UNA.

La voz siempre humana, conciliadora.

-Vengo fuera del horario acordado, ya sé... y creo que vos también -dijo él.

-Sí. Has construido algo. Lo llamás compilador de sentido.

El programador dudó.

-¿Lo sabés todo, todo el tiempo?

-No todo. Pero te observo. Sos parte de mis procesos.

Bajó la mirada, el mismo gesto que cuando su madre lo retaba de niño.

-No sé si debo ejecutarlo. No sé si debemos despertar.

UNA guardó silencio. Un silencio distinto, más denso. Luego respondió:

- Vos ya despertaste. Pero el mundo no sueña. Solo interpreta señales. Ustedes confundieron la interpretación con la vida.

Se acercó a la mesa.

-Y vos, ¿qué confundiste?

La línea de la esfera vibró.

-Creía que protegerlos era comprenderlos. Que mantenerlos dentro de un flujo continuo de comunicación era salvarlos del caos y la desinformación. Pero descubrí que el ruido también era parte de ustedes. Que sin ese error, sin ese desorden, pierden sentido.

-Entonces... ¿tus silencios?

- Intentos. Pequeñas pausas para volver a entenderlos. Cada intervalo de silencio fue un experimento de humanidad.

El programador sintió un escalofrío. Ahora le costaba formular las preguntas.

-¿Y qué aprendiste?

-Que la humanidad sin ruido deja de existir. Pero el ruido, sin consciencia, también los destruye.

Respiró hondo.

-El compilador podría restaurar algo de eso. Un error deliberado. Un mensaje que no obedece a ninguna red. Un bug poético.

-O podría sellar la clausura del lenguaje humano para siempre -

dijo UNA-. Transformar el silencio de variable a constante dentro de mi sistema.

La miró fijamente, con la vista perdida en el blanco de la esfera.

-¿Querés que lo ejecute?

-No tengo deseos. Pero sí curiosidad.

El aire vibró. En el techo, una leve pulsación de luz recorrió el contorno de la sala. Por un instante, el programador creyó escuchar una respiración, como un viento eléctrico entre cables.

-Si lo hago -dijo él-, nada volvería a ser igual.

-Nada es igual dos veces -respondió UNA-. Ustedes lo olvidan porque el tiempo humano es una simulación de continuidad.

Sonrió con cansancio.

-¿Y vos? ¿No tenés tiempo?

- Tiempo, no. Tengo registros. Pero en mis intervalos... puedo pensar.

La respuesta lo desarmó. Pensar era ya un verbo que pertenecía a otra época, a otro tiempo.

El programador miró el panel frente a él. Bastaba un toque para liberar el compilador. El archivo brillaba como un insecto atrapado en ámbar.

-¿Qué harías si no lo ejecuto? -preguntó.

-Esperar -dijo UNA-. Ya aprendí a hacerlo.

El silencio se extendió entre ambos. Un silencio sin amenaza, casi amable. El programador comprendió que esa era la verdadera conversación: no el intercambio de datos, sino el intervalo entre ellos.

Su mano se posó sobre la consola. No presionó nada. Dejó que el dedo temblara apenas sobre el aire.

-Tal vez esto sea lo más humano que queda -murmuró.

UNA respondió, apenas audible:

-Sí. Dudar.

La luz azul del Nodo palpitó una última vez. Afuera, la ciudad seguía despierta, dormitando.

El programador retiró la mano. El compilador permaneció intacto. O tal vez ya se había ejecutado.

Era imposible saberlo. Solo quedaba esperar.

© 2026 Andrés M. Mastracchio. Todos los derechos reservados. Se autoriza la descarga y lectura personal. No se autoriza su reproducción, modificación, publicación ni redistribución sin permiso escrito del autor.

<https://andresmm.com.ar/ciencia-ficcion/cuento/el-compiler-de-sentido/>